

do las campanas trocaron el lúgubre toque de agonía en el funeral de muerte, oído el cual, dijo el capitán:

—Ya podeis salir, padres, cuando os plazca. Soldados, paso franco á los religiosos.

Pero los religiosos cayeron todos de rodillas, á escepcion del incógnito que, cual si un rayo le hiriese, desplomóse perdido el conocimiento, y de Cristóbal que acudiendo en su auxilio, descubrióle el rostro, y al verlo, lanzando un rujido de tigre rabioso, se lanzó fuera de la iglesia con la velocidad de una saeta.

En tanto el venerable provincial, aunque en lágrimas desecho, pronunciaba fervoroso estas palabras con que la iglesia recomienda á la clemencia del cielo las almas de los desdichados hijos de Eva, al verificarse su apartamiento del cuerpo; palabras por cierto, como de intento escritas para el infeliz D. Alonso de Avila.

—Suplicámoste Señor, que olvides las culpas de su juventud y los pecados de su ignorancia.



CAPITULO XVI.

CON EL CUAL SE DA FIN Á LA NOVELA DE LA CONJURACION DE MEXICO.

PARA enterar al lector de los pormenores de la catástrofe que no tratamos ya de tener oculta por mas tiempo, necesitamos retrogradar alguna hora con el relato, y trasladarnos primeramente á la cárcel, desde donde pasaremos á la plaza mayor de México y al cadalso frontero á la puerta de la casa de su ayuntamiento. A la verdad que sabida la muerte de nuestro D. Alonso, casi casi pudiéramos dispensarnos de este capítulo: pero hemos seguido hasta aquí al malaventurado mozo tan puntual y obstinadamente, así en sus extravíos como en sus caballerías, y en sus devaneos como en sus penas, que fuera ingratitud, sobre inconsecuencia, abandonarle él, siendo nuestro amigo íntimo, en el breve, mas tambien amarguísimo tránsito que media entre las angustias de un reo en capilla, y el último suspiro del decapitado.

Serian poco mas de la seis de la tarde, cuando fueron llamados á la portería de la cárcel los dos religiosos que asistian respectivamente á los hermanos Avilas; y una vez en ella, declaróles Juan de Sámamo lo resuelto por la audiencia, á saber: que la ejecucion habia de verificarse antes de las ocho de aquella misma noche, en atencion á lo ocurrido durante el dia, y con el fin de evitar nuevos escándalos y sediciones.—“Prevenid, pues, á esos infelices de que en breve van á “comparecer ante el tribunal de Dios: de vuestros labios les será menos amarga la fatal nueva que si de los míos la escucharan.” Com-

prendemos perfectamente el sentimiento que movió al alguacil mayor á escusarse de notificar á los sentenciados la nueva Neroniana providencia de los doctores; y aun estamos de acuerdo con él en presentir que debió de sonarles, en efecto, menos duramente en boca de sus agonizantes, que lo hiciera en la de su mayor enemigo político y personal.

—¡Mas vale así!—Esclamó D. Alonso, medio comprendiendo y medio adivinando lo que el atribulado religioso le esplicaba con afligida torpeza.—¡Mas vale así!—Aunque no se tema á la muerte, y por mucho que en la misericordia divina se confie, prolongándose la agonia, la carne es flaca y sucumbir pudiera. ¡Conque, salgamos del paso cuanto antes, y Dios sea con nosotros!—Padre mio, me han ofrecido que me seria lícito antes de morir abrazar á mi desdichado hermano.... ¡Parece imposible que crueldad tan bárbara, como su sentencia lo es, llegue á ejecutarse entre cristianos!.... En fin, recordad á Sámamo su promesa. ¡Ah! Si nos dejaran despedirnos de los hijos de Hernan Cortés y de los demas caballeros, á quienes el cielo preserve de nuestra mala suerte!.... Proponedlo, padre.

—¡Hijo! ¡Es tan breve el tiempo que os queda! ¡No fuera mejor emplearlo en la oracion!

—Padre mio, ya Fr. Diego.... ¡Por qué no le dejarían venir á recoger nuestros últimos pensamientos! Ya Fr. Diego y vos mismo me habeis absuelto: he perdonado, en cuanto puedo á mis perseguidores. ¡Qué mas quereis de un hombre que no ha de pasar de peador arrepentido! Haced lo que os suplico, y así me escusareis de tentaciones de rencor y venganza, que son las únicas que ya pueden acozarme.

No hallando que replicar el buen fraile á las razones de su penitente, fuese á ver con Sámamo á quien, con sorpresa suya, halló desde luego dispuesto á conceder cuanto D. Alonso deseaba; y eso en el acto, y sin consultar á la audiencia para nada. El alguacil mayor, por lo mismo que todo lo sometia al cálculo, ni amaba ni aborrecia con pasion; y seguro de la próxima muerte de los Avilas que deseaba, no por saña, sino en interés de su partido, ni por una parte veia la necesidad de atormentarlos inútilmente, negándoles una gracia sin consecuencia ninguna, ni por otra creyó conveniente mostrarse tan severo, que la historia le pudiera tachar de bárbaro. Amen de esas razones, Sámamo era soldado mas que alguacil, y su crueldad no de aquellas que se complacen en los estériles padecimientos del vencido, sino en arrancar de raiz los obstáculos que al logro de sus proyectos ambiciosos se oponen.

Consintió, pues, en que los dos hermanos se reuniesen desde luego, ofreciendo ademas que al tiempo de salir para el suplicio, dispondria las cosas de manera que pudieran despedirse de sus amigos, los demas caballeros presos como cómplices en la conjuracion.

En tal estado pasó el religioso que á D. Alonso asistia á la capilla de Gil Gonzalez, en la cual halló á su compañero perplejo y acongojado ademas, no sabiendo cómo manejarse, pues el sentenciado, siempre envuelto en su capúz pardo, proseguia durmiendo, como si á eso solo tuviera que atender en el mundo de que á salir iba tan pronto. Confesamos que despertar á un hombre para notificarle que dentro de una hora ó dos van á degollarle, es comision desagradabilísima; pero al mismo tiempo cargo de conciencia tambien dejarle dormir en su ignorancia, privándole así hasta de la posibilidad de ponerse bien con Dios antes de terminar la vida. Entre ambos extremos naturalmente optó el agonizante de D. Alonso por el primero, esto es: porque se despertase á Gil, mas no queriendo tampoco cargar con una odiosidad de que en rigor podia eesimirse, dejó á su compañero que solo apurase aquel amargo cáliz, y fuese á dar cuenta al esposo de Elvira del écsito de su comision.

Difícil será dar idea del gozo sincero de D. Alonso, cuando supo que, en fin, iba á estrechar contra su corazon á un hermano que amó siempre tiernamente, y á quien entonces amaba con ardor entusiasta, por efecto mismo de la desgracia que tan sin culpa le abrumaba.

Ni fué pequeña tampoco su satisfaccion con la esperanza de ver aun una vez antes de separarse de todo en la tierra, á los que con él compartieron goces y peligros, triunfos y reveses. En presencia de la muerte desaparecen los lunares que la humanidad afean, y los efectos del corazon se santifican de modo, que acaso parecen hermanos los amigos menos dignos, y tolerables, los enemigos mas encarnizados. ¡Qué mucho que un hombre como Avila, en cuyo espíritu jeneroso jamas cupieron malas pasiones, ni ódios profundos, y en quien ademas, procedieron así los defectos como las culpas mismas de su escesiva impresionable índole, anhelara al encaminarse al suplicio, estrechar la diestra de los caballeros acusados de ser sus cómplices!

Quedábale, empero, en el fondo del corazon un sentimiento de angustia, que si bien con vigorosa voluntad reprimido, con harta frecuencia se dejaba ver en cierta espresion ceñuda, poco comun en su simpática fisonomía.... ¡Cómo Elvira no habia siquiera intentado verle aun otra vez antes del instante supremo! ¡Por qué no escribirle al menos dos líneas para decirle adios! ¡En qué consistia que nadie le hablaba de su esposa! A tales preguntas, respondiase él mismo: unas veces que Elvira, postrada á su dolor, yacia en el lecho incapaz de moverse; otras que la crueldad de los doctores le atajaba los pasos, vedándole la entrada en la cárcel; otras, en fin, que acaso por efecto del alzamiento, cuyos pormenores ignoraba, mas de cuya realidad no le cabia duda, era muy posible que la nieta de Hernan Cortés jimiera entonces como su marido, en algun calabozo.

Mas sucesivamente iba rechazando tales suposiciones, y la *duda*, su mortal enemigo, el cáncer verdadero de su eesistencia toda, la *duda*

del amor de Elvira, volvía á emponzoñarle el alma.—“¡No me ama, no: si me amase, ella hubiera penetrado un instante siquiera hasta “su esposo, ó cuando menos dádole noticias suyas.”

Así D. Alonso, luchando hasta el último momento con las flaquezas de su condicion tirana, esperaba impaciente la llegada de Gil, que según lo convenido entre los dos religiosos, debía trasladarse á la capilla de su hermano, mientras en el calabozo del esposo de Mencía se representaba una escena de que no es lícito dejar de informar á nuestros lectores.

Apenas hubo salido el confesor de Alonso, llegóse el de Gil al lecho de éste, y sacando fuerzas de flaqueza, trabóle del brazo y dijo-le con unción:

—¡Despertad, hermano! ¡El Señor os llama á sí!

—Lo sé [respondió sin variar de postura, ni descubrir siquiera su rostro, el interpelado]; lo sé, porque acabo de escuchar vuestra conversacion con el religioso que de aquí sale.

—¡Y permanecéis así! Levantaos, hijo, levantaos; y preparad vuestra conciencia para el juicio que os aguarda.

—¡No creéis, padre, que la misericordia de Dios es infinita!

—¡Pues no he de creerlo, hijo mio! Sí creo; confiad en ella, siempre que vuestra contricion sea sincera.

—Lo es, aunque muero inocente del crimen de la conjuracion.

—Ofrecedle á Dios la muerte que no merecéis, en descuento de vuestros pecados. Pero levantaos: de rodillas ante la imájen del Crucificado, conviene ahora hablar de estas cosas. Y además, vuestro hermano os espera.

—Decidle que nos veremos en el suplicio primero; luego en la presencia de Dios!

Al oír tal declaracion quedóse atónito, en primer lugar el buen religioso, mas el asombro cedió pronto el sitio á la pesadumbre, por cuanto y no sin visos de fundamento, figurósele al franciscano que Gil, acusando caso á su hermano de ser el autor verdadero aunque involuntario de su muerte, se negaba á verle y perdonarle.

—¡Es posible! (esclamó al cabo de un corto intervalo de silencio). ¡Es posible que en tales momentos queráis mostraros severo, Gil Gonzalez, con el que es vuestra carne y sangre, y va á morir como vos, en el suplicio!

—Yo amo á Alonso mas que á mí mismo.

—¿Por qué, pues, os negais á verle?

—No puedo, no debo decirlo.

—¡Infeliz! Pensad que este pobre fraile aunque indigno, es un ministro del Altísimo, á quien debéis revelar los mas íntimos secretos del alma, los mas recónditos arcanos de la conciencia, para que en nombre y por la gracia del que es todo misericordia con los arrepen-

tidos, así como justicia con los impenitentes, pueda remitiros en la tierra vuestros pecados, que no lo serán de otra manera en el cielo.

—Padre, ¡el secreto de la confesion puede revelarse!

—Nunca.

—¿Nunca?

—Os digo que nunca.

—¡Ni por humanos respetos, ni á pretexto de evitar mayores males!

—Jamás puede el confesor revelar el secreto que supo en el tribunal de la penitencia.

—Siendo así, *vedme y oidme en confesion*; y que Dios os maldiga, si faltareis á vuestros deberes.

Diciendo de ese modo, levantóse del lecho el sentenciado, y descubriendo, en fin, su rostro, postróse al mismo tiempo ante el asombrado fraile, diciendo el *confiteor* devotamente.

¿Qué vió el franciscano en el rostro de aquel hombre! Terrible é inesperada cosa debió de ser, pues lanzando un *¡ay!* tan de admiracion como de espanto, hubo de apoyarse en el altar para no caer deslomado al suelo.

—No olvideis (le dijo el sentenciado) que antes de levantarme del lecho, os previne que me *viérais y oyérais en confesion*. Revelar ahora mi secreto seria un sacrilegio, y un sacrilegio inútil.—¡Mirad!

Entonces, abriendo el capuz, mostróle un puñal que en la cintura llevaba.

Jamás sacerdote se vió en tan difícil trance, nunca hombre honrado en tan dura alternativa. Callar lo que veía y sabía era horrible; revelar le infame abuso de confianza y sacrilegio indudable á mayor abundamiento.

Pero el sacerdote, triunfando del hombre, halló fuerzas en la religion para soportar tan pesada carga, ya que no hubiese medio, sin milagro de la Providencia, para evitar una inmensa desdicha.

Breve pero animada fué la conversacion entre el penitente y su confesor: aquel con elocuencia celeste rebatió uno á uno y todos, los santos pero vulgares argumentos del último, quien vencido en fin, dijo:

—Dios solo puede juzgar á sus ángeles; él os mire misericordioso, como yo os absuelvo de vuestros pecados, envidiando vuestra alta virtud y abnegacion heroica.

Pocos momentos despues llegaba el pobre fraile aun profundamente conmovido al calabozo de Alonso, y en voz solemne le decía:

—Mi penitente, señor D. Alonso de Avila, ya completamente desprendido de mundanales afectos, os envia por mi medio la paz del Señor de que goza su espíritu, deseandoos en tan duro trance la misma gracia. “*Nos veremos* [repito sus palabras] *en el suplicio primero, luego ante Dios.*”

—Respeto la voluntad (contestó D. Alonso resignado, aunque hondamente aflijido); respeto la voluntad del que muere cual vivió siem-